

Reflexiones sobre 1914/2014

Aleida Assmann

A lo largo de 2014 las naciones europeas se han visto exhortadas por los medios de comunicación y sus instituciones culturales a rememorar la Primera Guerra Mundial. Tal vez para algunos países con tradiciones asentadas de conmemoración de la guerra de 1914-1918 (como Francia, Inglaterra, Bélgica, Australia y Nueva Zelanda) la invitación puede haber resultado superflua. En Rusia, por otra parte, la Primera Guerra Mundial sigue siendo un acontecimiento silente que ha sido borrado de los libros de texto y de la memoria pública. Pero para otros países, como Alemania o Austria, en los que la Primera Guerra Mundial prácticamente carece de presencia en la memoria colectiva, esta prescripción de enfocar en ella la atención pública y política fue un verdadero toque de alerta que ha despertado el interés público y la empatía personal. Y que ha generado intensos debates de ideas.

CIEN AÑOS: UNA DIVISORIA EN LA HISTORIA DE LA MEMORIA

A menudo escuchamos voces críticas que cuestionan la prescripción general de un año de conmemoraciones, pues lo consideran un constructo artificial. No tiene nada que ver –se dice– con ninguna inclinación psíquica autónoma. Más bien sigue la magia abstracta de las cifras y debe considerarse, por tanto, una problemática imposición exterior sobre la sociedad. Sin embargo, después de diez meses de experiencias a lo largo de este año de conmemoración puede decirse que la estipulación de esta memoria artificial ha sido muy exitosa. Ha tenido una gran acogida y ha suscitado un nivel extraordinariamente elevado de atención e interés. Cabe decir que esta respuesta tan vívida ha transformado las ofertas de los medios de comunicación en acontecimientos mediáticos reales. Nadie podía anticipar esta «avalancha conmemorativa» (como la ha llamado Jay Winter) y la enorme resonancia pública que ha obtenido, que ha traspasado diversas fronteras europeas.

Pero me gustaría añadir también que el lapso de cien años no tiene solo un valor numérico arbitrario, sino que marca asimismo una cesura biológica, social y cultural significativa. Pasados 80-100 años, los acontecimientos se sumergen

en las profundidades de la historia, a medida que las memorias encarnadas en individuos vivientes se van disolviendo. Por utilizar el sugestivo lenguaje de Pierre Nora, se puede decir que después de tres generaciones el entorno de la memoria se disuelve, a no ser que se reinscriba en los *lieux* (esto es, los lugares y los símbolos) de una memoria cultural más estable.¹ Esto significa que en lo que se refiere a la Primera Guerra Mundial hemos llegado a una divisoria de aguas en la línea del tiempo, a partir de la cual el acontecimiento se hunde en un pasado irrevocable. A partir de aquí o será de interés solo para los historiadores o habrá de ser reconstruido y realzado bajo nuevos parámetros. Después de 100 años, en otras palabras, no solo miramos retrospectivamente a la historia de los hechos, sino también al futuro de su memoria, considerando la posibilidad de su reconstrucción y perpetuación. Este aspecto de la memoria orientado al futuro es más que la mera preservación y continuación de lo que se ha transmitido. Incluye una nueva interpretación de los acontecimientos históricos y a la vez nuevas emociones sociales y un nuevo compromiso político en el presente. Moverse de la memoria comunicativa a corto plazo a la memoria cultural a largo plazo exige a los estados y naciones repensar sus prácticas, redefinir estándares y construir nuevos fundamentos para el futuro. Esto es exactamente lo que ha acaecido a lo largo de este año conmemorativo: estamos contemplando una divisoria de aguas en la línea temporal en la que las memorias de la Primera Guerra Mundial están siendo recicladas, reformuladas, sometidas a prueba, reconstruidas y transformadas de cara al futuro.

LA EXTENSIÓN TEMPORAL Y ESPACIAL DE LA MEMORIA EUROPEA

El nuevo foco y el énfasis en la Primera Guerra Mundial, en el marco de memoria de la Unión Europea, se ha resuelto en una prolongación sustancial del horizonte del pasado europeo común. Los disparos de Sarajevo precipitaron lo que se suele llamar la «gran catástrofe originaria» (o *Urkatastrophe*) del siglo xx (George Kennan).² Dio inicio a una traumática concatenación de sucesos o seísmos que desencadenaron una violencia sin precedentes, incluyendo la Revolución rusa, otra guerra mundial y el Holocausto. Solo después de la Segunda Guerra Mundial empezó a articularse un nuevo discurso sobre Europa.

La Unión Europea fue fundada sobre premisas surgidas de la Segunda Guerra Mundial. Se eligió la Declaración Universal de Derechos Humanos de 1948 y el Holocausto como elementos definitorios del legado común de la guerra y de la identidad de la Unión. En el curso del año conmemorativo, sin embargo, hemos podido presenciar una ampliación del marco temporal y espacial de la historia y la memoria europeas. Actualmente se tiene muy presente una historia europea entrelazada de violencia que abarca todo el siglo xx. Esta extensión no es solo temporal, sino que también se aplica a la dimensión espacial. Mientras que la

UE empezó con un núcleo reducido, a partir de una asociación económica entre Francia y Alemania a la que se sumaron más y más países, la destrucción generalizada de Europa empezó a lo grande, cambió fronteras nacionales y produjo profundas transformaciones en el paisaje geopolítico. No fue solo una batalla material, una guerra en la que se utilizaron por primera vez nuevas armas mecanizadas de destrucción masiva, sino una conflagración que comportó la movilización de todos los padres, tíos e hijos de los países beligerantes. El choque de cinco imperios tuvo asimismo repercusiones de orden global, pues llevó al reclutamiento forzado de miles de soldados coloniales. La historia de Europa está así íntimamente conectada con la historia mundial. El surgimiento de una nueva pequeña Europa tuvo como premisa la desaparición de la vieja Europa colonial.

MEMORIAS NACIONALES DIVIDIDAS DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Lo primero que llamaba la atención al inicio del año de conmemoraciones eran las notables diferencias entre memorias nacionales. Se ha subrayado a menudo que la Primera Guerra Mundial fue para los alemanes algo muy diferente de lo que fue *La Grande Guerre* para los franceses o a la *Great War* para los ingleses. En Francia los últimos veteranos supervivientes fueron enterrados uno tras otro con pompa y circunstancia militar en una cuenta atrás que fue seguida por toda la población y atrajo una gran atención mediática. En la memoria nacional alemana el vocablo «Versalles» fue durante mucho tiempo el sustituto en la referencia a esta guerra.³ Estaba ligado a una memoria de culpa, vergüenza y a una paz que no merecía respeto. Por esta razón la Primera Guerra Mundial no finalizó realmente nunca en el espíritu y el ánimo de muchos alemanes, que se prepararon para otra guerra que les devolviese todo lo que habían perdido en términos de territorio, orgullo e imagen de sí mismos.

Ingleses y franceses salieron de la guerra en 1918 con sentimientos totalmente distintos. Aun victoriosos, estaban profundamente desmoralizados y traumatizados. Pero no esperaron cien años para conmemorar oficialmente el acontecimiento. Esta guerra se conmemora todos los años en Francia, Inglaterra y Bélgica, pero también en Nueva Zelanda y Australia. En Europa la jornada de conmemoración es el 11 de noviembre, el día del Armisticio de 1918 en el frente occidental. En Inglaterra se conmemora con amapolas y dos minutos de silencio, uno por los muertos, otro por las familias. El mismo día los alemanes celebran el comienzo de los Carnavales, un ejemplo llamativo de la variedad cultural europea. También tienen un día oficial de luto, pero la Primera Guerra Mundial no es el tema ni la ocasión. Su memoria de la Primera Guerra Mundial está sepultada en la de la Segunda Guerra Mundial y ésta, a su vez, está sepultada en la memoria del Holocausto.

No se me malinterprete: la guerra mundial no fue olvidada, en absoluto, por las generaciones implicadas. La guerra fue el suceso clave, de grandes y duraderas consecuencias, para las cohortes respectivas y dio origen a una rica literatura. Asumieron asimismo la forma de un relato nacional en el que abuelos, padres e hijos podían inscribir sus memorias y transmitírselas a sus hijos. Dada la forma como que fue instrumentalizada por la política nazi, este relato nacional de tono heroico ya no era aceptable después de 1945. Es cierto que los nombres de los soldados caídos en la Segunda Guerra Mundial se añadieron a los nombres inscritos en los monumentos de la Primera Guerra Mundial. Lo que no tenía un lugar simbólico en la memoria nacional fue, de esta manera, preservado durante un tiempo en la memoria local de ciudades, villas y pueblos.

Cuando empezó el año de conmemoraciones, los alemanes estaban deseosos de subirse a este tren y recuperar una fase olvidada o postergada de su pasado nacional. Pero mientras que un país como Alemania está actualmente en busca de su pasado histórico perdido y acepta gustoso una nueva visión europea de su no memoria nacional, otras memorias de la Primera Guerra Mundial se están haciendo más nacionales.

LA CREACIÓN DE UNA NUEVA MEMORIA NACIONAL PARA EL FUTURO: EL CASO DEL REINO UNIDO

Mi ejemplo de la construcción de una nueva memoria nacional es un discurso del primer ministro británico David Cameron pronunciado el 11 de octubre de 2012. Lo pronunció en el Imperial War Museum que se había remodelado para convertirse en «la pieza central» de las conmemoraciones británicas de la Gran Guerra. Con esta remodelación Cameron esperaba que «nuevas generaciones hallen inspiración en aquellas increíbles historias de valor, abnegación y sacrificio». ⁴ También hizo referencia al cambio en la memoria pública, reconociendo que la memoria viva de la Primera Guerra Mundial se había disipado y que su propia memoria familiar solo podía remontarse a la Segunda. Pero afirmó: «Creo apasionadamente en que debemos aferrarnos a este legado y transmitirlo a las generaciones sucesivas». Eso es más fácil de decir que de hacer. Sin embargo, Cameron no se iba por las ramas. Confirmó que se habían consignado 50 millones de libras para actos en el año conmemorativo. Y se preguntaba: «¿por qué deberíamos dar prioridad a las conmemoraciones cuando el dinero no sobra y además ya no queda nadie de las generaciones que combatieron en la Primera Guerra Mundial?» Y Cameron mismo respondía aludiendo a «la escala del sacrificio», a «las proporciones y la escala del trauma», a su significación histórica y al vínculo emocional duradero con el acontecimiento, todo lo cual se resumía en la afirmación de que «hay algo en la Primera Guerra Mundial que forma parte fundamental de nuestra conciencia nacional».

En su discurso, Cameron hizo una promesa concreta. Prometió construir «un sólido dispositivo cultural y pedagógico (...) para asegurar que el sacrificio y la entrega de hace cien años sean recordados también dentro de cien años». Lo que Cameron prometió construir y perpetuar era, en efecto, el relato nacional del «servicio» y la «entrega» que formaba el corazón de la «conmemoración auténticamente nacional».⁵ Mencionó y rindió homenaje explícitamente a todas las tropas coloniales, invitándolas a ese «Nosotros» inclusivo de la memoria nacional británica, construyendo así una memoria post-imperial para esas tropas más que una memoria dialógica post-colonial con sus nuevas naciones. Cameron exhibía una honda preocupación por el pasado, en su discurso no había espacio alguno para los aliados y las nuevas coordenadas del presente. No se mencionaron los nuevos vínculos con otras naciones europeas. Por el contrario, esta memoria post-imperial aparece más bien como una especie de veto frente a la posibilidad de una memoria europea compartida, o cuando menos conectada, de la Primera Guerra Mundial.

¿LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL COMO MEMORIA EUROPEA?

Muchas actividades de este año de conmemoración han traspasado las fronteras nacionales, generando un interés compartido y debates públicos. Ha habido una miríada de presentaciones en diversos formatos, incluyendo películas, documentales y docudramas que han vuelto a poner en el candelero de la atención pública la Primera Guerra Mundial. Un ejemplo destacado es el libro y la serie de televisión titulada *14 –Diarios de la Gran Guerra* que vuelve a narrar la gran historia pero a partir del punto de vista emocionalmente sugerente de historias personales más allá de las fronteras nacionales. Se basa en 14 diarios de hombre y mujeres, militares y civiles, personas conocidas y anónimas, de Francia, Rusia, Australia, Estados Unidos, Alemania, Austria y Reino Unido.⁶ El formato elegido se centra menos en los acontecimientos históricos que en las historias individuales y las emociones de los protagonistas que pueden ser fácilmente compartidas por los espectadores de hoy más allá de las fronteras nacionales. «Por primera vez», asegura su productor, «se presenta la guerra desde una perspectiva multinacional».⁷

Los estudios históricos han contribuido asimismo a la memoria transnacional o multinacional relacionada con la conmemoración de 1914/2014. Han aparecido numerosas nuevas versiones de la Primera Guerra Mundial a cargo de historiadores de renombre internacional. El *best seller* transnacional por excelencia ha sido el libro de Christopher Clark *The Sleepwalkers: How Europe went to War in 1914*.⁸ Nacido en Sydney en 1960, Clark pertenece a una nueva generación de historiadores. Su presentación de esta catástrofe originaria de la Primera Guerra Mundial emerge de la perspectiva de un australiano que está vinculado a los hechos a través de dos memorias familiares, la de su propio abuelo que combatió

con el British colonial Australian and New Zealand Army Corps (ANZAC) y la del abuelo de su esposa que luchó del lado de los alemanes. Su razonamiento es coherente y pragmático y rehúye los imperativos de una narrativa que selecciona y combina acontecimientos para formular afirmaciones nítidas. La innovación de Clark consiste en producir una «descripción gruesa» siguiendo un método estrictamente comparativo. Toda posición, toda afirmación, se somete al contraste de informaciones que muestran que muy pocas cosas eran en aquella época específicas de una sola nación. Descubre así semejanzas donde anteriormente la búsqueda de diferencias había estructurado la maraña de hechos. En su libro aprendemos mucho acerca de la perspectiva histórica de franceses, británicos, rusos, austríacos y alemanes, pero los vamos a conocer en tanto que europeos. Lo que tienen en común es mucho más significativo que lo que les separa. Pese a la crítica de algunos de sus colegas, el libro de Clark tuvo muy buena acogida en 2014, ya que aporta a las naciones europeas un marco histórico común susceptible de acomodar diferentes perspectivas de manera que sus historias puedan seguir siendo rememoradas pero ya no en oposición unas a otras.

EN CONCLUSIÓN

Para concluir: el año de conmemoración 1914/2014 no es un constructo artificial y ya está, sino más bien algo así como un test de Rorschach. Saca a la luz valores europeos comunes y emociones europeas compartidas, pero también traumas nacionales divisores, ansiedades y preocupaciones que siguen en pie. Ofrece una ocasión para el reconocimiento compartido de una historia traumática entrelazada de violencia y sufrimiento de la que los vencedores salieron traumatizados y los derrotados henchidos de un heroísmo resentido. Dada esta multiplicidad de perspectivas. Cabe dudar de que alguna vez haya una narrativa europea indiscutida acerca de la Primera Guerra Mundial. Aunque todavía persisten las narrativas heroicas, lo que ha aparecido estos últimos meses es sobre todo una apreciación empática de ciertos destinos individuales más allá de las fronteras nacionales, con un despliegue de agravios compartidos y un sentimiento común de sufrimiento sin sentido.

La memoria europea se va dilatando y se está haciendo más inclusiva. Por debajo de las cenizas de los campos de concentración los europeos están redescubriendo en los campos de la muerte y los cementerios de Ypres y Verdun otro punto de referencia, otro origen común. Quizás la gran oportunidad para los europeos con motivo de esta conmemoración –y podría ser también un curso de civilización europea– sea la posibilidad de aprender más acerca la memoria de sus propios países y de los otros. Aprender más acerca de la memoria de los otros podría ser la vía europea para llegar a un marco común que permitiría superar, o al menos contener, la carga de división de las memorias nacionales.

NOTAS

1. Si bien la Primera Guerra Mundial se ha alejado ya del alcance de la memoria familiar viva, muchos recuerdos materiales de la época son todavía accesibles en nuestro entorno. En la ciudad alemana de Eisenach, por ejemplo, se organizó una exposición sobre la Primera Guerra Mundial en base exclusivamente a objetos del periodo que los residentes habían hallado en los sótanos o los desvanes de sus casas.
2. George F. Kennan, *The Decline of Bismarck's European Order: Franco-Russian Relations, 1875-1890*, Princeton University Press, 1979, p. 3.
3. Hagen Schulze, «Versailles», en *Deutsche Erinnerungsorte*, vol. 1, ed. de Étienne François y Hagen Schulze, 4ª ed., C.H.Beck, 2002.
4. David Cameron, «Speech at Imperial War Museum on First World War centenary plans», 11 de octubre de 2012, <www.gov.uk/government/speeches/speech-at-imperial-war-museum-on-first-world-war-centenary-plans>. Todas las citas de este discurso proceden de esta transcripción oficial.
5. La frase «conmemoración auténticamente nacional» aparece cuatro veces en el discurso.
6. En 2010 un equipo internacional de investigadores y autores empezó a trabajar en este proyecto en los archivos, buceando en más de 1.000 diarios personales y colecciones de cartas. La versión impresa, que pronto se convirtió en un éxito de ventas, se transformó en una serie de TV. Los hechos descritos en los diarios eran representados por actores modernos y las secuencias se intercalaban con comentarios históricos y material de archivo consistente en fotos y filmaciones de la época.
7. En una extensión digitalizada, 14 fue presentada asimismo en Internet en forma de producto multimedia en alemán que hacía posible que los usuarios interactuasen adicionalmente con el film y el material histórico reunido. La navegación interactiva a través de la serie ofrecía la posibilidad de comparar las variadas vivencias sincronizadas de los 14 protagonistas, lo que permitía descubrir diferencias y similitudes personales, nacionales y culturales en este marco transnacional. Véase: <www.14-tagebuecher.de/>.
8. Allen Lane, 2012; trad. alemana: *Die Schlafwandler: Wie Europa in den Ersten Weltkrieg zog*, trad. de Norbert Juraschitz. [Los sonámbulos. Cómo Europa fue a la guerra en 1914, Traducción de Irene Fuentes y Alejandro Pradera, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014].

.....
ALEIDA ASSMANN es historiadora. Publicado originalmente en Eurozine, 14/11/2014. Versión editada del discurso pronunciado en la conferencia de NECE (Networking European Citizenship Education) celebrada en octubre de 2014 bajo el título: «1914-2014: Lessons from history? Citizenship education and conflict management»). © Aleida Assmann © Eurozine
Traducción de Gustau Muñoz